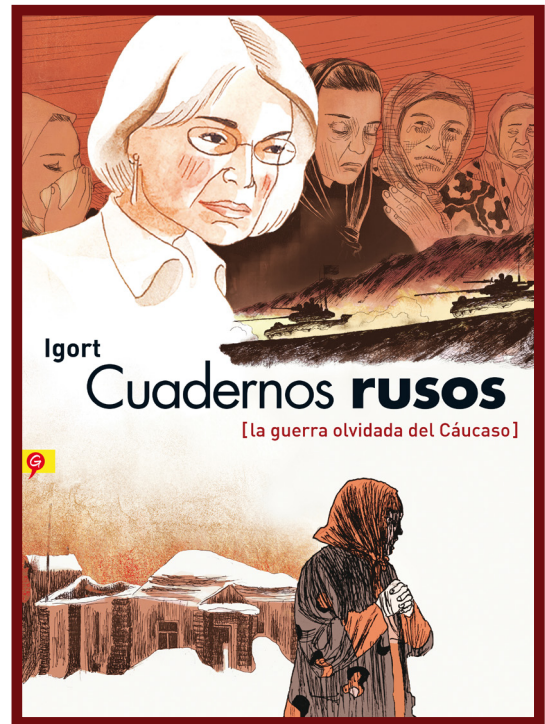

Cuadernos rusos

IGORT

Salamandra Graphic, 2014

EN el arte y por extensión en el cómic, uno puede adoptar al menos dos posiciones vitales. Intentar alcanzar un determinado nivel apoyado en cierto canon personal (un estilo, una escuela, un autor referencial...), u obviando herencias dar pasos hacia el futuro, abonando el presente con el mejor fertilizante: el cambio. Como ni arte, ni por extensión el cómic, son un recetario ni se miden al peso en una balanza, cualquier camino puede darnos satisfacciones. El italiano Igor Tuveri, de nombre artístico Igort, es de los creadores que claramente se debe adscribir al segundo grupo. Su larga carrera arrancó en las vanguardias italianas del *fumetti*, cuando en los primeros ochenta funda el grupo *Valvoline* junto a otros jóvenes renovadores del medio como Lorenzo Mattotti, Giorgio Carpinteri, Marcello Jori o Daniele Brolli —hasta el norteamericano Charles Burns andaba por allí—. En el seno del grupo encontramos en Igort a un joven con ansias de ruptura, que integra en sus cómics las vanguardias artísticas del s. xx, sobre todo el futurismo y otras vanguardias postcubistas que aportan un discurso a sus cómics desde el propio lenguaje, al adoptar el autor una plástica de ecos fascistas. Posmodernismo y crítica desde la misma forma.



Trabjará también, durante los noventa, en el mercado japonés y así incorpora con entusiasmo influjos del manga a su estilo. Un europeo de impronta pictórica, muy cercano a su amigo Mattotti si queremos darle referentes más conocidos en España, con que-
rencia por los géneros narrativos y la cultura norteamericana, que se empapa del modo nipón, su “métrica”, el gusto por la pausa y su especial visión de la diagramación de la página. Sin negarse en su propia historia, pero avanzando siempre según su experiencia profesional o vital, el fundador de Coconino Press —editorial surgida en 2000 y que es hoy una de las más importantes en Italia, publicando a Gipi, Baru, Andrea Pazienza,

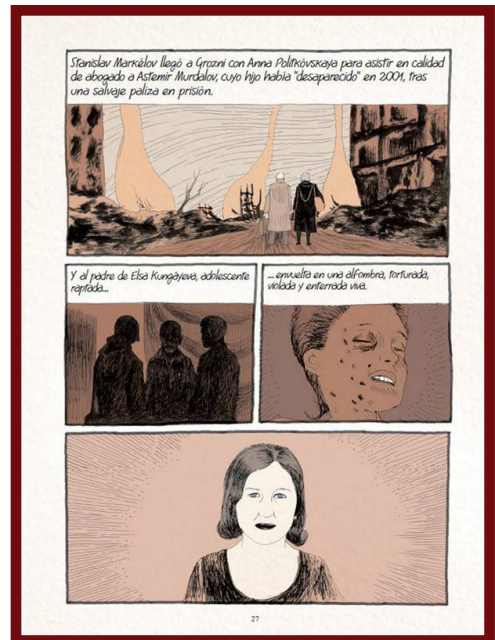
Bastien Vivès, Simon Hanselmann, Jiro Taniguchi o Tardi— ha sabido mantener hasta hoy una respuesta visceral y desprejuiciada a los cambios necesarios para sus intenciones autorales.

Posiblemente el último gran salto al vacío (en una carrera que se inicia hace más de treinta años, insistir en esto es importante) se produce cuando enfrenta la necesidad de hablar de la Ucrania superviviente de los programas estalinistas de exterminio por hambre, que el propio autor visita para reflejar toda la realidad que abofetea en *Cuadernos Ucrainianos* (2010, editado en 2011 por Sins Entido en España). Una obra *verité* que inicia un camino hacia el despojamiento. Una cualidad que nos desarma, dado el grado de refinamiento de sus pretéritos trabajos, cercanos al mencionado Mattotti pero también a David Mazzuchelli, a José Muñoz e incluso a propuestas ochenteras de ruptura como la revista *Madriz*.

Cuadernos Ucrainianos se decanta por el relato en primera persona para desvelar terceras historias, contadas al propio Igort, quien por cierto es de ascendencia rusa. Y para ello la página va perdiendo sofisticación y el dibujo se decanta por la expresividad del boceto (un boceto de portentosa artesanía, una capacidad ciclópea para el dibujo puro). Es, como decíamos, la elección del *modus operandi*. Igort no renuncia a su propio estilo pero se desprende de lo que ahora no le sirve, y con la sabiduría de su bagaje adopta nuevas formas porque su obra y la experiencia que esta le provoca hacen necesario el cambio, el paso adelante. En sus inicios se pretendía un trabajo sobre Chejov, pero el choque con la realidad lleva a Igort a hablar de la crueldad e injusticia, y eso requiere nuevas formas.

Sin embargo en este retrato descarnado parece caminar al ralenti si lo comparamos con la galopada de su prolongación natural (publicada en Italia en 2011). Si las crónicas desde Ucrania son un viaje desesperanzado al lado chungo del mundo, *Cuadernos rusos*, recrucada, se precipita en la oscuridad del pozo sin fondo de una maldad aterradora, cruel y real, tangible y fácilmente localizable: la Rusia de Vladímir Putin y las atrocidades de ambos bandos en la guerra del Cáucaso. En plata: el Infierno sobre la tierra. La columna vertebral del relato es una investigación alrededor de la figura de la periodista Anna Politkóvskaya. Activista y defensora de los derechos humanos en una Rusia que los aniquila cotidianamente, su impune asesinato en el ascensor de su vivienda es el *mcguffin* de los cuadernos de Igort.

La obra, que ahonda en la personalidad y valientes actos de Politkóvskaya, se apoya en lo singular (y qué singularidad, una vida y una muerte dignas de la reivindicación que supone esta novela gráfica) para denunciar lo universal. Y lo universal es la pérdida absoluta de la humanidad, sustituida por una mefistofélica concepción de la vida, ya no en un sistema político sino en la sociedad que aquel envenena con generosas dosis de poder y odio.



El resultado solo puede ser un aquelarre documentado, materia difícilmente manipulable por un narrador porque es fácil caer en sensacionalismos o en una coraza de excesiva frialdad. Igort acude a la documentación oral, a la escrita —textos periodísticos, telegramas históricos— y a la visual mediante inserción de retratos pictóricos y en la amalgama encuentra su compensación emocional para contar las atrocidades del ejército ruso, el miedo de los civiles, la resistencia activa de Anna y su final, que es el principio de *Cuadernos rusos*, o las raíces de tanta maldad con paradas en literatos rusos o mediante un acongojante capítulo siberiano.

La habilidad de Igort pasa por crear una obra pulida con finura, con una armonía perfectamente estable entre sus modelos narrativos —fragmentos literarios combinan con páginas de cómic y, como ya apuntamos, con bocetos personales o reproducciones de retratos al óleo— que hace de la lectura una experiencia dolorosamente pura. Ningún artificio, ninguna suntuosa pirueta en la puesta en escena, ninguna planificación de página llamativa hubiera ayudado al lector. Igort las ha practicado en el pasado, pero el pasado, decíamos, para algunos artistas no es más que su punto de partida para alcanzar el futuro. El de Igort se ancla en la verdad, la de lo narrado y la de su trabajo como autor despojado, desnudo su oficio y centrado en, precisamente, transmitir su verdad.

Cuadernos rusos, en fin, corre por la cuerda floja sin peligro de traspies, acentúa la narración gráfica donde procede, usa la ilustración para contestar preguntas vertidas en los textos, golpea con su naturalismo de boceto y de frase atrapada al vuelo. Hierde, y al sentir la herida podemos afirmar como lectores que la obra es redonda en planteamiento y resultados. Aunque es una lectura que no deja rendijas para la luz o la esperanza: la Rusia que retrata es abismal, e Igort no arroja cabo alguno para que el lector pueda trepar y salir del hoyo. Solo la vital empatía y la bondad ética de Anna Politkóvskaya nos sirve de asidero, pero siempre recordando que finalmente murió acribillada a balazos por defender la libertad: un único candil no puede alumbrar una oscuridad inabarcable. No hay luz, cuando el alma humana se corrompe a tantos niveles. La única que se cuelga en las páginas de *Cuadernos rusos* es la certeza de estar leyendo a un gran autor cuya obra futura querremos tener muy en cuenta (ya ha publicado en Italia *Pagine nomadi. Storie non ufficiali dell'ex Unione Sovietica* —Cocconino Press, 2012—), y cuyo pasado, bastante inédito en castellano, sería digno de recuperar.

OCTAVIO BEARES

Octavio Beares comenzó a hacerse oír en la red con un nick, tan tonto como otros muchos, pero por el que aún guarda cariño. A los pocos años decide olvidarse de ese Señor Punch y firma con su nombre real. Así, se le ha podido leer en sus dos identidades por diversos proyectos, autogestionados o de terceros. Su blog personal (en activo desde 2005) es [El Octavio Pasajero](#), su blog sobre tebeos, [Serie de Viñetas](#). Mantiene otro más sobre [The Sandman](#) al que promete dar continuidad, algún día de estos. Y además se ha prodigado por medios varios, de la revista on line Viñeta en Palabras a la web cultural Culturamas, pasando por Rockdelux o el diario Faro de Vigo, donde hace una sección más o menos periódica sobre historieta desde 2009. Le gusta la música alternativa y el post hardcore, aunque sabe que ya no tiene edad.